

Arriaga: nada y mucho o mucho de nada.

Arriaga: Nothing and a lot or a lot of nothing. The story of a romantic myth.

Arriaga: ezer eta asko, eso ezeretik asko. Mito erromantiko baten istorioa.

Ricardo Franco Vicario*

Conferencia de Clausura de la XXIII SEMANA DE HUMANIDADES de la ACADEMIA CIENCIAS MEDICAS DE BILBAO (viernes 9 de junio de 2006)

*Servicio de medicina interna.

Hospital de Basurto. Universidad del País Vasco. Bilbao.

RESUMEN

Los acontecimientos que jalonaron la corta existencia del compositor bilbaíno Juan Crisóstomo de Arriaga matizaron su personalidad, dibujando un sujeto afligido y melancólico. Su genio creativo se cimentó desde una posición depresiva a través de la elaboración de sucesivos duelos.

Su temprana muerte por tuberculosis le convirtió en un mito romántico.

Los escasos datos biográficos existentes y el casual descubrimiento de su magnífica obra musical hacen de Arriaga un personaje muy atractivo precisamente por estar plagado de incógnitas.

El autor, con un título aparentemente provocativo, acerca al lector a la biografía de este vasco inmortal.

SUMMARY

The milestones that marked the short life of the Basque composer Juan Crisóstomo de Arriaga, coloured his personality, sketching a troubled and melancholic artist. He showed greatest creative genius during a time of depression, and difficult experiences that followed.

His untimely death due to tuberculosis has made him a romanticism Myth.

The fact that so little is known about his private life, coupled with the chance discovery of a magnificent musical work, make Arriaga a fascinating person.

This author, by using a seemingly provocative title to his article, brings us closer to this Immortal Basque composer.

LABURPENEA

Juan Crisóstomo de Arriaga konpositore bilbotarraren nortasuna, bere bizitza laburrean zehar gertaturiko jazoeren baldintzapean garatu zen, gizabanako triste eta melankoniatsua bilakatuz. Bere sormenerako abilezia depresio egoera iraunkor batean oinarritu zen, dolu jarraien ondorioa izanik.

Tuberkulosiak eragindako heriotz goiztiarrak mito erromantiko bilakatu zuen.

Datu biografikoen urritasunak eta bere obra musikal bikainaren ustekabeko aurkikuntzak, Arriaga pertsonaia oso erakargarria bihurtzen dute, hain zuzen ere bere pertsonaren inguruan dagoen ezjakintasunagatik.

Itxuraz kitzikagarria den tituluaren bitartez, autoreak euskal konpositore hilezko honen biografia gerturatzen dio irakurleari.



FIGURA 1. El joven Arriaga

Cuando la Junta Directiva de la Academia de Ciencias Médicas decidió que fuese yo quien clausurase con esta conferencia la Semana de Humanidades de este año 2006, me sentí honrado y pensé que se trataba de un honor digno de contárselo a mis nietos –ahora no porque no los tengo, pero algún día podré, espero, hacerlo–.

Al Doctor Juan Goiría se le ocurrió proponer el tema: La vida del músico bilbaíno Juan Crisóstomo de Arriaga (figura 1), cuyo segundo centenario estamos celebrando en estos momentos. Llegué a creer, dado el reto que se me avecinaba, que mis colegas de la Academia estaban amortizando la insignia de oro con la que me distinguieron el año pasado.

Les juro que esa noche no pude dormir porque me interrogaba: ¿Qué cuento yo de original sobre la vida de Juanito –que así le llamaban en familia– ¿qué cuento yo que nunca se haya escrito sobre este bilbaíno, esta criatura de Dios que figura en el ranking de los únicos veinte niños prodigio-compositores que han existido en los últimos 300 años, codeándose con Händel, Mozart, Schubert, Mendelssohn, Bizet, etc. (Brendan G. Carroll 1997).

¿Qué puedo añadir yo a lo que sus biógrafos mas destacados han publicado, desde Emiliano de Arriaga (1844-1919) sobrino-nieto del compositor y principal impulsor de su música a partir del “descubrimiento” del artículo del belga Francisco José Fétis (1784-1871), o su sobrino biznieto, José de Arriaga –que firmaba con el seudónimo de Juan de Eresalde– y así hasta mas de 70 publicaciones entre enciclopedias, diccionarios, revistas, periódicos y libros?

Trasladé mis dificultades al Presidente de la Academia, al Profesor Zarranz, a ver si se apiadaba y hacía pasar de mi este cáliz; pero nó, me lo puso mas complicado todavía, porque quería que yo me centrara en la patobiografía del músico, es decir en la descripción de sus enfermedades.

Me importa señalar de principio que, si bien la música de Juan Crisóstomo se defiende por sí misma –los tres Cuartetos, la Sinfonía en Re para Gran Orquesta y la breve pero jugosa obra de “Los Esclavos Felices”, son indudables muestras de su genio creador, las que le han dado la inmortalidad, las que le han elevado al

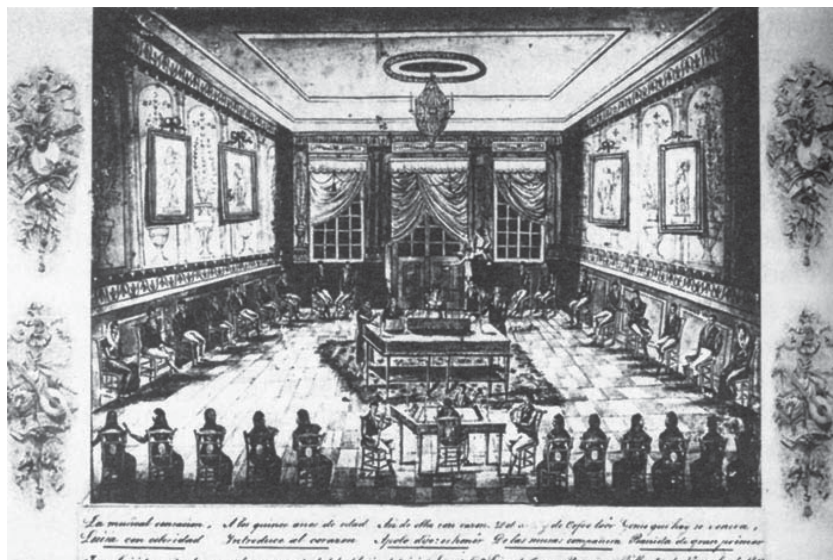


FIGURA 2

Dibujo de Arriaga en el que aparece en primer plano, de espaldas, y Luisa de la Torre al fondo

Olimpo de los dioses. Digo que, si bien de su condición de músico se ha desgarnado prácticamente todo –recomiendo a los melómanos la tesis doctoral de José Antonio Gómez Rodríguez (Universidad de Oviedo 1990) y la de Belén Sirera Serradilla (Universidad Autónoma de Madrid)–, lo enervante, lo que desespera a todos los biógrafos es la imposibilidad de vislumbrar la persona del músico.

Como señala Ramón Rodamilans, a quien debo gran parte de lo que ahora les voy a con-

tar, es como tratar de captar una figura casi sin contornos en la sombra. A propósito de Rodamilans, con motivo del segundo centenario del nacimiento del compositor bilbaíno, el Ayuntamiento de Bilbao, la Fundación para la Promoción del Patrimonio y la BBK, nos han obsequiado con un magnífico libro de este autor que en su propio título “En busca de Arriaga”, deja bien patente que la vida de Juanito era un misterio difícil de descifrar; un enigma que ha alimentado todo tipo de conje-

turas y leyendas con tufillos hagiográficos. El “arriaguismo” que se desató cuando Emiliano de Arriaga descubrió en 1886 –recuerden que su tío abuelo, Juanito, había fallecido 60 años antes–, los comentarios y críticas escritas por Fétis sobre nuestro músico en 1866, convirtió **en mucho lo que pudo haberse quedado en nada**. De hecho, el padre de este bilbaíno universal, Juan Simón de Arriaga, falleció a los 10 años de la muerte de su hijo, enterrando con él un profundo sentimiento de decepción y fracaso.

Juan Simón, padre de Juan Crisóstomo, se pasó toda la vida tratando de recibir una confirmación externa del talento de su vástago. Parece que solo le preocupaba si la inversión que había realizado en la carrera musical de su hijo era o no rentable.

Jugando con las palabras que dan título al “Ensayo en octeto”, escrito en 1817, da la impresión de que el padre de nuestro músico se fue de este mundo con la idea de que de **nada sirvió lo mucho que en su hijo había invertido**.

Comprenderán ahora el curioso y provocador título de mi disertación “Arriaga: nada o mucho o mucho de nada”.

Pero volvamos al personaje, intentando adivinar cómo era en persona.

Por la época en la que discurrió su corta existencia (1806-1826) y las circunstancias vitales que rodearon a la misma, nos han vendido la enternecedora idea de que fue un sujeto triston, misántropo y melancólico.

Los detractores de este perfil de personalidad argumentan que su música es *evocadora de dichas y placeres espirituales* y que, por lo tanto, en nada concuerda con esa imagen



FIGURA 3

Casa donde vivió Juan Crisóstomo, en la calle Ronda nº 16, la misma que vió nacer a Don Miguel de Unamuno

paradigmática del romanticismo que tuvo su correlato en todas las manifestaciones artísticas y literarias de la época.

Con lo resbaladizo que es opinar sobre la personalidad de alguien que, al margen de sus composiciones musicales, sólo se conoce de él un texto escrito de su puño y letra bajo el conocido dibujo a pluma realizado en 1817, cuando contaba once años de edad, y que representa una sesión de música de cámara, celebrada en alguno de los “salones” bilbaínos, **voy a intentar demostrarles que, efectivamente, Juanito tenía todos los ingredientes de un joven romántico.**

El texto al que me refiero está constituido por unos infantiles versos que dedicó a la pianista Luisa de la Torre, el único amor platónico que se le conoce “*La musical sensación/ Luisa con celeridad,/ A los quince años de edad/ Introduce al corazón./ Así de ella, con razón/ Apolo dijo: es honor/ Del arte y de Orfeo loor,/ De las musas compañera,/ Genio que hoy se venera/ Pianista de gran primor*”./

En el dibujo, Arriaga aparece en primer plano, de espaldas, y Luisa de la Torre al fondo, tocando el clavicémbalo y sobre ella descende un ángel portador de una corona (figura 2).

Probablemente ese salón estaba situado en el solar que hoy ocupa la Biblioteca Municipal de Bidebarrieta

Por razones de pura doctrina psicósomática, que a ningún médico o psicólogo se le escapan, independientemente de la época y del lugar que le tocó vivir, los acontecimientos que jalonaron la existencia de Juanito, tuvieron que forjar necesariamente una personalidad afligida y melancólica.

En efecto, es sabido que la pérdida de seres queridos a temprana edad puede generar duelos no elaborados y situaciones depresivas.

Es harto conocido que los denominados “cambios en la economía relacional”; es decir, traslados de domicilio, de trabajo, de amigos..., todo lo que modifique nuestro entorno vinculativo, provocan fenómenos disadaptativos generadores de patologías psicoorgánicas.

La propia adolescencia es un cambio inevitablemente melancólico. El sujeto se enfrenta con una pérdida, con una falta de algo que no sabe precisar que es, porque está todavía ahí fantasmalmente, en la delicadeza de la piel, en la inconsistencia del carácter, en la voz afasada. Solo mucho mas tarde alcanzamos a comprender que lo que entonces perdimos y de cuya privación jamás conseguiremos repornos no fue otra cosa que la infancia irrecuperable (Jon Juaristi, “El bucle melancólico”). Juanito, en su corta existencia, atravesó muchos duelos. Fue el octavo hermano de una fratría de nueve. Dos murieron muy niños, antes de que él naciera y previo al traslado de la familia Arriaga desde Guernika a Bilbao. El hermano número siete, Mariano Vicente, falleció a finales de 1805 cuando contaba solo dos años de edad. Cuando ocurrió esta muerte, su



FIGURA 4
Calle de la Estufa

madre, Rosa de Balzola, estaba en el octavo mes de gestación de Juan Crisóstomo, que vino al mundo a las 10,00 de la mañana del 27 de enero de 1806. Ese mismo día, cincuenta años antes, había nacido Wolfgang Amadeus Mozart.

No es difícil suponer la amargura de la familia Arriaga, y en especial de la madre Dña. Rosa, tratando de elaborar un duelo en plena crianza de Juanito. Para mas desdichas, cuando éste tenía casi cuatro años, moría la



FIGURA 5
Ejemplo de familia burguesa, liberal y romantica, cuadro de J. Espalter

benjamina de la familia, Saturnina Ramona. Pero no acaba aquí el mal "fario". Con tal solo doce años perdió a su madre. Con la desaparición de Dña. Rosa, en el hogar de los Arriaga, en la calle de la Ronda, solo quedaron su padre, Don Juan Simón, y el pequeño compositor.

Vistas así las cosas, no me imagino yo a un Juanito jacarandoso, mas bien todo lo contrario. A la circunstancia de haberse quedado huérfano de madre y haber sido criado por una progenitora con muchas razones para estar deprimida, se añade el vivir en una ciudad marcada por la guerra. *España entre 1808 y 1814*, –escribe Llorens– *no fue sino un agitado y confuso campo de batalla donde lucharon, sin tregua, ingleses y franceses, ejércitos regulares y guerrilleros, patriotas y afrancesados. El aparato administrativo dejó de existir, las actividades económicas cesaron y la vida intelectual se paralizó por completo.*

Para mas inri, la casa donde vivía, hoy Ronda nº 16, la misma que vió nacer a Don Miguel de Unamuno, es recordada por el gran filósofo como *lo mas lúgubre y sombrío del sombrío Bilbao, amasada en humedad y sombras, donde la luz no entra sino derritiéndose* (figura 3). Vamos, como para suicidarse.

Y, sin embargo, según José María de Areilza, en un artículo publicado en el Boletín de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, titulado "Bilbao en 1822", cita las reuniones musicales que se celebraban en la calle de la Estufa, organizadas por Juanita Mazarredo que, al parecer, tenía en gran estima al precoz compositor (figura 4).

Y es que burguesía, liberalismo y romanticismo formaban un mismo concepto en la sociedad, la política, la literatura y las bellas artes (cuadro de J. Espalter) (figura 5).

Para mejor comprender a nuestro mito romántico, quiero introducir algunas reflexiones saca-



FIGURA 6
Escena de la despedida de Arriaga, óleo de Alberto Arrúe

das del III Congreso Ibérico de Psicoanálisis, celebrado en Barcelona en 1993, en las cuales se define el fenómeno de la creación, el enigma del "don" artístico ("Las vicisitudes del dolor en el desarrollo mental" de J. M. Franco Vicario y Javier Bermejo).

Desde Don Segismundo Freud –otro aniversario a celebrar, tome nota la Academia– los psicoanalistas han sido proclives a interpretar, a través de la obra de los escritores y artistas, ciertos secretos sobre el funcionamiento mental de los creadores. Alguien muy cercano a nosotros, el Profesor José Guimón Ugartechea, puso en relación el psiquismo de algunos escritores (Baroja, García Lorca, Rimbaud, Wilde) con su producción literaria, en un libro titulado "Psicoanálisis y Literatura" (Kairós, 1993).

Decían en el Congreso de Barcelona que hay creación cuando se produce un verdadero cambio revolucionario que estimula la búsqueda de estructuras y de sistemas nuevos, haciendo que el producto creativo trascienda e impacte en el mundo externo por su calidad. J. Keats lo denomina "lenguaje de logro", que sería el valor de la obra creativa basado no en la novedad en sí sino en la repercusión, transcendencia y aprovechamiento para los demás. En definitiva, la penetración de la obra a través del tiempo y del espacio.

El genio creativo tiene que ver con los aspectos mas sanos, mas integrados de la personalidad; es decir, con las capacidades sublimatorias y de reparación propias de la posición depresiva (M. Klein, 1929). Todo acto creativo implica, en primer lugar, placer y dolor, con trabajo íntegro de duelo.

La creación de símbolos, la elaboración simbólica de un tema, es la esencia misma del arte.

En definitiva, solo se puede crear desde una posición depresiva. Como señala León Felipe en "El poeta y el filósofo": *Creo que la filosofía arranca del primer juicio. La poesía del primer lamento. No se cual fue la palabra primera que dijo el primer filósofo del mundo. La que dijo el primer poeta fue: ¡Ay! ¡Ay! Este es el verso mas antiguo que conocemos.*

Un tremendo ¡ay! debió suspirar nuestro genial compositor cuando el 26 de septiembre de 1821 emprendía lo que iba a ser su último viaje y su destino final: París.

Alberto Arrúe, un siglo mas tarde –1932–, imaginó los momentos de su partida y plasmó en



FIGURA 7
Cherubini, retrato de Ingres (Museo del Louvre)



FIGURA 8
François Joseph Fétis

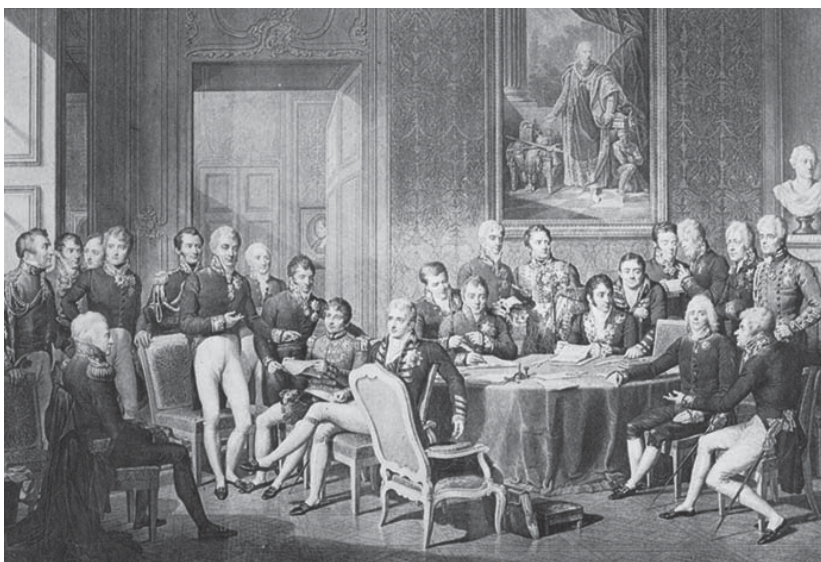


FIGURA 9
“faubourg”

un óleo la escena (figura 6). Ya es casualidad que en la misma calle de Ronda 16, donde vivió Arriaga y nació Unamuno, residieron muchos años después los cuatro admirables pintores hermanos Arrue.

La escena, de ser cierta, no puede ser mas patética, casi tétrica.

Otro gran duelo para nuestro protagonista. No sabemos cuanto tardó en llegar a París, ni de que modo lo hizo. Si es cierto que Manuel García, tenor y compositor sevillano, y Don Justo Machado y Salcedo –Cónsul y Agente General de España en París y hombre de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del

País–, recibieron y presentaron al joven Arriaga en el Conservatorio parisino, institución entonces dirigida por el todopoderoso y reaccionario Cherubini, inmortalizado en un retrato de Ingres, que se encuentra en el Museo del Louvre (figura 7).

Recibió clases de armonía y contrapunto de Françoise Joseph Fétis (figura 8), gracias al cual se descubrió al genial compositor bilbaíno. Este belga es el primer biógrafo de Juanito, que convirtió, como antes he señalado, **en mucho lo que pudo haberse quedado en nada**. Este “genio olvidado”, como así le llama nuestro Alcalde Don Iñaki Azkuna, fue nombrado profesor ayudante o “repetiteur”; ganó dos años consecutivos el segundo premio de contrapunto y fuga, recibió clases de violín de los profesores Guerin y Baillot y sufrió una dolencia en el brazo izquierdo que duró, al menos, seis meses, impidiéndole presentarse a los exámenes de este instrumento.

Al margen de estos datos académicos, lo que fue la vida en París de Juan Crisóstomo de Arriaga es un auténtico enigma. Su nombre no aparece en ninguna de las secciones de las diversas revistas musicales parisinas, consagradas a recoger la actualidad del acontecer artístico de la ciudad.

La Restauración Borbónica y el romanticismo era el marco político-cultural del París que le tocó vivir al músico.

Precisamente hace unos meses, en el Teatro bilbaíno que lleva su nombre, se representó “La Cena”, una obra de Brisville en la que éste se imagina a Tayllerand y a Fouché –él vicio apoyado en el brazo del crimen– decidiendo el destino de Francia. Dos monstruos de la escena, Carmelo Gómez y Joseph María Flotats,

nos pusieron al corriente de lo que era el París de entonces, y el papel desempeñado por el “faubourg”, designación dada por antonomasia al Barrio de Saint Germain, una especie de Neguri a la francesa, un gueto donde las clases dominantes y la nobleza tenían su centro geográfico de acción (Eduardo Aunos Pérez. Biografía de París, 1944) (figura 9).

Durante los cinco años que duró su estancia en París, muchos y distintos personajes aparecen y desaparecen en la vida de Juanito de Arriaga, sin dejar rastro de fundadas relaciones con él: la Condesa de Echaz y del Vado (Pilar de Acedo y Sarría), su primo Manuel José de Zavala, Conde de Villafuertes, José Murga Barrera, el círculo de la Duquesa de Angulema, el compositor y “enfant terrible” Hector Berlioz, paradigma del movimiento romántico en la música francesa, Mendelssohn y un largo etcetera.

La última persona de la que sí hay constancia de una buena relación amistosa es el pianista y compositor Pedro Albeniz (figura 10). Ambos se conocieron en el verano de 1825. En una carta dirigida al padre del compositor, y fechada en Donostia el 30 de julio de 1827, le explica cómo fueron los últimos seis meses de la vida de Juanito, sugiriendo que la causa del óbito fue *una afección de pecho que pudo tener su origen en las fatigosas tareas que se llevaba en el conservatorio en la sección de contrapunto*.

Los comentarios de Albeniz apuntan a una tuberculosis pulmonar, lo que entonces se conocía como “maladie de langueur” (consunción) que menciona Fétis en la biografía de Arriaga.

Murió el 16 de Enero de 1826, once días antes de cumplir los 20 años. Los funerales se celebraron al día siguiente en la Iglesia de Saint Roche, y fue enterrado ese mismo día en el cementerio del Norte en una fosa común (gratuita).



FIGURA 10
Pedro Albeniz



FIGURA 11
Hernani, de Víctor Hugo

Un triste y humildísimo final, propio de un romántico. Una historia, como señala Ramón Rodamians, que pone en evidencia que Arriaga fue víctima del olvido de los suyos, de su propia familia. Nadie es profeta en su tierra y, al parecer, ni tan siquiera en su casa.

Cuatro años mas tarde, el ruidoso estreno de *Hernani*, de Víctor Hugo, la noche del 25 de Febrero de 1830, consagró el triunfo del romanticismo en Francia (figura 11).

Durante mas de cuatrocientos años, la tuberculosis fue el modo preferido de atribuirle un sentido a la muerte. La muerte es vista como una liberación y el suicidio, o el abandono total hasta contraer la tuberculosis y morir, constituían, en aquella época, una meta admitida y deseada.

Como expresó en esta acuarela que les muestra el excelente pintor que fué, también, Víctor Hugo, y en palabras de J. Casaldueño, *el cadáver romántico es un testimonio de la falta de sentido de la vida* (figura 12).

La gran escritora Susan Sontag, en su libro *“La enfermedad y sus metáforas”*, señala que la literatura del siglo pasado está plagada de tuberculosos que mueren casi sin síntomas, sin miedo, beatíficos, especialmente gente joven. El tratamiento romántico de la muerte, afirma que la gente se singulariza y gana interés gracias a sus enfermedades. *Estoy pálido*, decía Byron, mirándose en el espejo, *me gustaría morir de consunción. ¿Por que?* le preguntaba su amigo tuberculoso Tom Moore, que le visitaba en Patrás (Peloponeso, Grecia) en Febrero de 1928. *Porque todas las damas dirían: Mirad al pobre Byron, qué interesante parece al morir*. Dentro del periodo romántico de la tuberculosis son inseparables las figuras de George Sand y Chopin en la Cartuja de Valldemosa (Mallorca). La gran teorizadora del “mal du siècle”, de la melancolía, fue Madame Staël, hija del ministro de Luis XVI. Afirmaba que la melancolía era la verdadera inspiración del talento.

La tristeza le hacía a uno “interesante”. Estar triste era señal de refinamiento, de sensibilidad. En *“Armance”* de Stendhal, el médico tranquiliza a la madre ansiosa diciéndole que, en definitiva, Octave no sufre de tuberculosis sino solo de *esa característica melancolía crítica e insatisfecha, propia de los jóvenes de su generación y posición*.

Tristeza y tuberculosis se hicieron sinónimos. El mito de la tisis es el penúltimo episodio en la larga carrera del viejo concepto de melancolía. El temperamento melancólico –o tuberculoso– era un temperamento superior, de un ser sensible, creativo, de un ser aparte.

A mediados del Siglo XIX se produce un cambio de actitud de la sociedad que se atemoriza ante la enfermedad y trata de ocultarla. Las familias, avergonzadas de tener en su seno un enfermo tuberculoso, esconden la verdadera causa cuando éste muere. El tísico pasa a ser un marginal social: su tos, su sudor, sus palabras, aquello que toca es considerado contagioso.



FIGURA 12
Acuarela de Víctor Hugo

La aparición de estadísticas fiables en el último tercio del siglo XIX, comprueban que la tuberculosis no es, como se creía, una enfermedad de ricos, sino que afecta especialmente a la clase obrera. Sus rudimentarias condiciones de vida favorecieron el desarrollo de la enfermedad que se convirtió en la principal causa de muerte entre 1850 y 1900.

Las intensas jornadas de trabajo, la humedad, la falta de ventilación y de luz natural era una constante en sus alojamientos y lugares de trabajo. Los bajos salarios impedían una alimentación suficiente y favorecían el alcoholismo.

En París, la mortalidad por tuberculosis en los barrios insalubres de la periferia, donde se hacían los obreros, era de 1004 casos/100.000 habitantes/año; en los Campos Elíseos era solo de 110.

A menor escala, hoy día, en Bilbao, estas diferencias territoriales también existen. Vean el mapa de distribución de casos por distritos y comprueben que las zonas mas periféricas de la ciudad, las de menor estatus socio-económico, reúnen la mayor casuística (*“La enfermedad tuberculosa en Bilbao a principios del siglo XXI”*, tesis doctoral. Doctorando J.M. Llamazares Medrano. Director R. Franco Vicario) (figura 13). Recientemente mi doctorando J. M. Llamazares ha realizado un estudio comparativo, que viene que ni pintado para la ocasión. Ha investigado la incidencia de la enfermedad tuberculosa en Bilbao respecto al resto del estado español y Francia, en el periodo 1993-2002. Concluye que la tuberculosis muestra una tendencia global descendente y que nuestra ciudad, Bilbao, arroja cifras inferiores a las halladas en París y en España.

El mito de la tuberculosis pudo sobrevivir casi dos siglos a los embates de irrefutables expe-

riencias humanas y de la acumulación de conocimientos médicos, entre ellos el descubrimiento del bacilo tuberculoso por Robert Koch en 1881, si bien sus investigaciones se dieron a conocer ante la Sociedad de Fisiología de Berlín al año siguiente.

Sin embargo, el poder del mito romántico de esta enfermedad solo se disipó cuando se halló el tratamiento adecuado con la estreptomycin en 1944 –descubierta por Waksman, premio Nobel en 1952 y socio de honor de nuestra Academia– y de la isoniacida, introducida por Edward H. Robitzek también en 1952.

Luego vinieron otros mitos, menos románticos, como el SIDA, a los cuales se asoció la tuberculosis. Pero esa es otra historia, que ya nos la ha contado el Dr. Daniel Zulaica el pasado martes 6 de junio.

Bueno, nos toca ya recoger velas, recapitular lo que hasta ahora hemos expuesto.

Juanito Arriaga murió a temprana edad, dejando a su familia con la sensación de que el muchacho no había cumplido las expectativas que de él se esperaban.

Si no llega a ser por su maestro Fétis probablemente no estaríamos hablando hoy de Juan Crisóstomo.

La historia que todo lo matiza le ha hecho justicia, colocando su obra musical en las cotas mas altas.

Biográficamente existe una nebulosa, una ausencia de datos que imposibilita un retrato certero de su personalidad.

Sin embargo, los ingredientes de su vida: por un lado el cúmulo de acontecimientos adversos, la mayoría de índole luctuosa y por otro el marco sociopolítico y cultural de la época –que como ustedes saben correspondía a un romanticismo nacionalista o reaccionario–, nos permiten aproximarnos, desde la doctrina psicósomática a lo que Philipp Lersch denominaba *“el fondo endotímico”*.

El fondo endotímico es una esfera de vivencias que proceden de la profundidad del ser anímico que se halla por debajo de nuestro Yo consciente.

Traduciendo esto a un lenguaje mas transparente, intuimos que las vivencias de Juan Crisóstomo –su estado anímico basal–, eran melancólicas, siendo la posición depresiva el telón de fondo sobre el que se cimentó su genio creativo.

Este año conmemoramos el segundo centenario del nacimiento de este bilbaíno genial que siendo MUCHO estuvo a punto de quedarse en NADA.

Desde la nada, desde el anonimato de una fosa común dónde fue enterrado, su maestro Fétis le “resucitó”, consiguiendo que su música penetre y emocione a la humanidad a través del tiempo y del espacio.

Nada más y muchas gracias por su atención.

